

puede jugar en ellos ni un real; pero son unos pretextos ó alcahueterías para que se jueguen en ellos sus albures y se pongan unos montecitos miserables.

En estos *socuchos* juegan los pillos, *cuchareros* y demás gente de la última broza. Aquí se juega casi siempre con droga; y luego que se mete allí algún inocentón, le mondan la *picha*¹ y hasta los calzones si los tiene. A estos jugadores bisoños, y que no saben la malicia de la carrera, les llaman *pichones*, y como á tales los descañonan en dos por tres. En fin, en estos dichos arrastraderos, como que todos los concurrentes son gente perdida, sin gota de educación ni crianza, y aun si tienen religión, sábelo Dios; se roba, se bebe, se juega, se jura, se maldice, se reniega, etc., sin el más mínimo respeto, porque no tienen ninguno que los contenga, como en los juegos más decentes.

En uno de éstos me quedo las más noches, á costa de un realito que le doy al coime, y si tengo, dos; me presta la carpeta ó un capotito ó frazada llena de piojos de las que hay empeñadas, y así la paso. Conque ya te respondí, y mira si tienes otra cosa que saber, porque preguntas más que un catecismo.

Si antes estaba yo cuidadoso con la pintura que me hizo de la videta cocorina, después que le dió los claros y las sombras que le faltaban con lo de los arrastraderos,

¹ Frazada ó sábana vieja y raída para cubrirse. E.

me quedé frío; pero con todo, no le manifesté mal modo, y me hice el ánimo de acompañarlo hasta ver en qué paraba la comedia de que iba yo tan pronto á ser actor.

Salimos de la fonda, y nos anduvimos azotando las calles¹ toda la tarde. A la noche á buena hora nos fuimos al juego. Januario comenzó á jugar sus medecillos que le habían sobrado, y se le arrancaron en un abrir y cerrar de ojos; pero á él no se le dió nada. Cada rato lo veía yo con dinero, y ya suyo, ya ajeno, él no dejaba de manejar monedas; ello, á cada instante también tenía disputas, reconvenciones y reclamos, mas él sabía sacudirse y quedarse con bola en mano.

Se acabó el juego como á las once de la noche, y nos fuimos para la calle. Yo iba pensando que leíamos el Concilio *Niceno* por entonces; pero salí de mi equivocación cuando Juan Largo tocó una accesoria, y después que hizo no sé qué contraseña, nos abrieron: entramos y cenamos, no con la decencia que habíamos comido, pero lo bastante á no quedarnos con hambre.

Acabada la cena, pagó Januario y nos salimos á la calle. Entonces le dije: — Hombre, estoy admirado, porque ví que se te arrancó² luego que entramos al juego, y aunque estuviste manejando dinero, jurara yo que habías

¹ Paseando por ellas sin objeto y por sólo andar ó pasar el tiempo. E.

² Arrancársele, quiere decir entre jugadores, quedarse sin blanca. E.

salido sin blanca, y ahora veo que has pagado la cena; no hay remedio, tú eres brujo.

—No hay más brujería que lo que te tengo dicho. Yo lo primero que hago es rehundir y esconder seis ú ocho realillos para la amanezca,¹ de la primera ingeniada que tengo. Asegurado esto, las demás ingeniadas se juegan con valor á si trepan. Si trepa alguna, bien; y si no, ya se pasó el día, que es lo que importa.

En estas pláticas llegamos á otra accesoría más indecente que aquella donde cenamos. Tocó mi Mentor, hizo su contraseña, le abrieron, y á la luz de un cabito que estaba espirando en un rincón de la pared ví que aquél era el *arrastraderito* de que ya tenía noticia.

Habló Januario en voz baja con el dueño de aquel infernal garito, que era un mulato envuelto en una manga azul, y ya se había encuerado para acostarse, y éste nos sacó dos frazadas muy sucias y rotas y nos las dió diciendo:—Sólo por ser usted mi amigo, me he levantado á abrir, que estoy con un dolor de cabeza que el mundo se me anda. —Y sería cierto, según la borrachera que tenía.

No éramos nosotros los únicos que hospedaba aquella noche el tuno empelotado. Otros cuatro ó cinco pelagatos, todos encuerados, y á mi parecer medio borra-

¹ Para tener con que amanecer. E.

chos, estaban tirados como cochinos por la banca, mesa y suelo del truquito.

Como el cuarto era pequeño, y los compañeros gente que cena sucio y frío, y bebe pulque y chinguirito,¹ estaban haciendo una salva de los demonios, cuyos pestilentes ecos, sin tener por dónde salir, remataban en mis pobres narices, y en un instante estaba yo con una jaqueca que no la aguantaba; de modo que no pudiendo mi estómago sufrir tales incensarios, arrojó todo cuanto había cenado pocas horas antes.

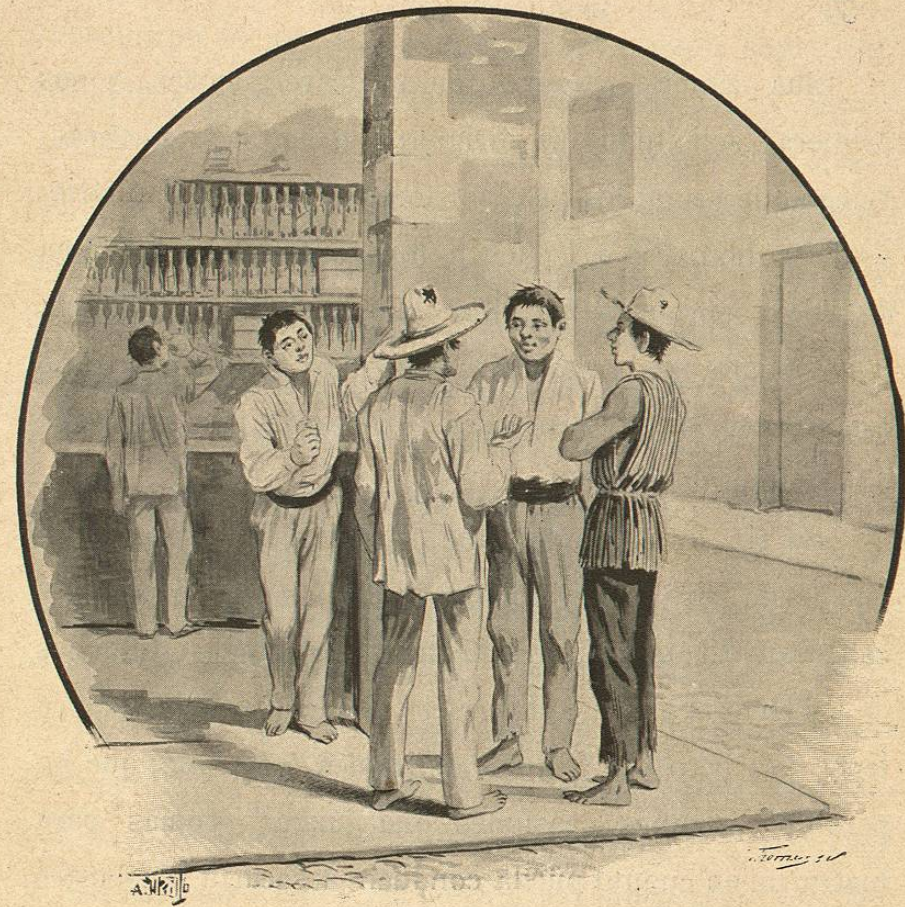
Januario advirtió mi enfermedad, y percibiendo la causa me dijo:—Pues, amigo, estás mal; eres muy delicado para pobre. —No está en mi mano, le respondí.—Y él me dijo:—Ya lo veo; pero no te haga fuerza, todo es hacerse, y esto es á los principios, como te dije esta mañana; pero vámonos á acostar á ver si te alivias.

A la ruidera de la evacuación de mi estómago despertó uno de aquellos *léperos*, y así como nos vió comenzó á echar sapos y culebras por aquella boca de demonio. —¡Qué rotos tales de m....! decía; ¿por qué no irán á vomitarse sobre la tal que los parió, ya que vienen borrachos, y no venir á quitarle á uno el sueño á estas horas?

Januario me hizo seña que me callara la boca y nos acostamos los dos sobre la mesita del billar, cuyas duras tablas, la jaqueca que yo tenía, el miedo que me in-

¹ Aguardiente de caña. E.

fundieron aquellos encuerados á quienes piadosamente juzgué ladrones, los innumerables piojos de la frazada, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormían, los estornudos traseros que disparaban y el pestífero sahumero que resultaba de ellos, me hicieron pasar una noche de los perros.



CAPÍTULO III

Prosigue Periquillo contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador
Hace una seria crítica del juego, y le sucede una aventura peligrosa que por poco
no la cuenta

Contando las horas y los cantos del gallo estuve toda la noche sin poder dormir un rato, y deseando la venida de la aurora para salir de aquella mazmorra, hasta que quiso Dios que amaneció, y fueron levantándose aquellos bribones encuerados.